



UTILIDAD DE LA MÚSICA.

La sensibilidad es indudablemente la propiedad que distingue á los animales de los cuerpos inanimados, y por la que siempre medimos el grado de perfeccion de cada uno, al mismo tiempo que sirve para establecer una relacion constante entre los cuerpos á que pertenece y los objetos que los rodean. A pesar de la justa preferencia que debe merecer de los médicos por su extension é influjo sobre la misma vitalidad, no parece que se hayan ocupado mucho en examinar todas sus relaciones útiles á la práctica de los grandes conocimientos que ha adquirido la fisiología en nuestros dias acerca de las propiedades de la vida. ¿Qué remedios se han administrado, áun en aquellos casos de una pérdida de sensibilidad absoluta, capaz de confundirse con la muerte, para excitarla en los órga-

nos de los sentidos que son, digámoslo así, sus depósitos?

El tacto, únicamente con los estimulantes externos y el olfato con los estornutatorios, reciben felizmente los auxilios del arte; mas si por desgracia no corresponden á sus impresiones, pocos habrá que intenten repetir las en el oido y que tengan presente el poder asombroso de la armonía, tanto en el hombre civilizado como en el estado de rudeza y de barbarie. Ciertamente es que si algun médico, arrostrando la oposicion y la mofa del vulgo, se atreve á recurrir á la música en la curacion de una enfermedad, se expone despues, si su tentativa fuere desgraciada, á nuevos escarnios y á mayores contiendas. A pesar de esto, no me detendrán á mí tan frívolas causas para manifestar las ventajas de este arte encan-

tador, y los orgullosos censores que le consideran como una vana y fútil diversion, que miran como inútiles las gratas sensaciones del oído, y que se complacen contra el voto del universo en reprobar un ejercicio que consuela y vivifica á todos los seres sensibles, aprenderán así á apreciar por lo ménos sus virtudes.

No me toca hablar de su origen, de sus progresos ni de su dignidad; la historia nos presenta innumerables hechos que la testifican, la religion se ha servido de ella para sus actos más sagrados y en todos los cultos ha exhortado á la virtud, ha proclamado á la divinidad, á los héroes y á todos los hombres ilustres, y ha sido el medio más eficaz para imprimir en el corazón humano los principios de la moral y los conocimientos de los deberes. Mas el gran cuadro que nos ofrece el mundo en todas las épocas debe fijar nuestra atención para conocer desde luego cuantas utilidades puede sacarse de este dón del cielo en favor de nuestros semejantes.

La música conviene á todas las edades y á todas las condiciones, impone silencio en los concursos tumultuosos, embellece la soledad, recrea á los mortales y disipa las nieblas que eclipsan con frecuencia su espíritu; anima los festejos, aparta de ellos la aflicción y el dolor, convierte la tristeza en alegría, el temor en confianza, en esperanza el despecho y la ferocidad en compasión. Ella sola desarma á los más intrépidos y orgullosos: en medio de las

desgracias nos conserva la tranquilidad y es el único socorro en nuestra pena. Así vemos á la mayor parte de los trabajadores animarse en sus fatigas con sencillas cantinelas, inflamarse á los combatientes en el horror de una batalla al són de su música marcial, y hasta el reo abismado en un lóbrego calabozo alivia su pesar acompañando tal vez sus cantares con el triste sonido de sus cadenas.

En una palabra, excita ó modera á su arbitrio todas las pasiones. Y no es el hombre solo el que participa de las sensaciones de placer que produce la armonía: pertenece á todos los seres dotados del sentido del oído, y desde el elefante hasta el bruto más estúpido, todos sienten su benéfico influjo. No por otra razón el camello, el torpe jumento y el perezoso buey, sufren su carga y sus labores con ménos trabajo cuando los alienta el cántico ó algún instrumento, por grosero y desagradable que sea.

Bichat ha demostrado la determinación de las pasiones sobre el corazón y todo el sistema sanguíneo, y esta idea debe ser la base fundamental de nuestros principios relativamente á los efectos saludables de la música. Perteneciendo á las sensaciones de placer ha de colocarse forzosamente entre los agentes excitantes que, no siendo demasiado enérgicos ó duraderos, producen nuevo vigor en las funciones animales, reaniman la fuerza vital, la exaltan y la corroboran, aumentan la acción en

todos los órganos de la economía y principalmente en los de la digestión, la circulación y secreción. Así Hufeland habla entre los estímulos agradables, de la preferencia á la música, y demuestra que sus impresiones aumentan ó disminuyen la celeridad del pulso, prestan un tono igual á toda la máquina y obran con más actividad á veces que los remedios medicinales y la elocuencia del profesor.

Comparemos el influjo de las pasiones en nuestros órganos, según la explica el célebre Tissot, con el poder mágico de la armonía para ponerlas en movimiento ó moderarlas, y hallaremos un auxilio seguro para la curación de las enfermedades.

Recorramos si no las historias antiguas y modernas, registremos los fastos de la medicina, y allí se nos presentarán hechos prodigiosos que comprueban su utilidad, aunque envueltos entre la oscuridad de la magia y de la astrología, bajo cuyas ilusiones ocultaban los antiguos charlatanes los verdaderos efectos de la música, para seducir al pueblo, dando un aspecto misterioso á las cosas más naturales y comunes.

«Puede dudarse, dice Boherave, si todos los portentos que se refieren de los encantamientos y de los versos en la curación de las enfermedades, deberán atribuirse á la música, en cuya ciencia estaban completamente instruidos los médicos antiguos.»

Y ciertamente pudieron tener resultados más felices, porque se dedi-

caban más bien á conmover el corazón que á excitar el alma é inspirar el placer, y porque su música más sencilla y más imitable era también más patética y eficaz. Distinguieron tres tonos principales, con el fin de mover con ellos diferentes afectos; llegaron á profundizar sus efectos hasta en sus últimas modificaciones, y así se verificaron los prodigios que cuentan los historiadores de Timoteo y de Ferpandro.

Mas ¿cómo es que entre nosotros no obra la música como entre los griegos y los orientales, aun cuando mueva libremente y sin oposición todos los resortes? ¿Proviene acaso esta degradación de que no conozcamos las liras de los atenienses, el salterio de Sidon y los sistros dorados de Menfis? Las obras de Pergolesi, de Paccini y de Paisiello, ¿son acaso inferiores á las de Ferpandro y de Arion? ¿Ó hay por ventura en la especie humana una tendencia gradual hacia la insensibilidad? Yo creo que si la música se usase ahora entre nosotros en los casos en que la empleaban los antiguos, produciría los mismos efectos que entonces. Y la historia moderna nos ofrece algunos hechos maravillosos semejantes á los que admiramos en la antigüedad. Nuestro célebre Mengs, antes de tomar en la mano el diestro pincel con que animaba sus lienzos, hacía muchas veces que se le tocara algún concierto acomodado al objeto que meditaba, para despertar su fecunda fantasía.

Parece que hasta este punto la

música no pasaria de un objeto de mero agrado, útil, no obstante, á la sociedad; pero los antiguos la miraban tambien como un remedio poderoso en la práctica de la medicina.

El mismo Celio Aureliano dice haber observado su utilidad en los dolores, y hace ya mucho tiempo que, segun Bonnet, se conocieron sus buenos efectos en la gota. Desault, Baglivi, Geoffroy, Mead, Floyer, Sauvages y Bourdelet, la han usado ventajosamente y la recomiendan en males diversos, y entre ellos principalmente en la hidrofobia.

El gusto general por la música y sus asombrosos efectos, obligaron á muchos antiguos y modernos á aplicar la armonía en la epilepsia, en el histerismo y en innumerables dolencias que padecen las mujeres. Casos ha habido en nuestro tiempo que han confirmado las ventajas que Asclepiades concede á la música para la curacion de los frenéticos, como puede verse en las actas de la Academia de ciencias de París, en las cuales se encuentra entre muchos el caso siguiente:

«Un músico célebre fué acometido de calentura que, acrecentándose de dia en dia, llegó á hacerse continua con recargos, y al dia sétimo sobrevino el delirio, acompañado de lágrimas, de terror y de perpétua vigilia: calmó algun tanto á los tres dias, y el enfermo pidió se hiciese un breve concierto en su cuarto. Al primer sonido que oyó se serenó su vista, sus ojos se aquietaron, cesaron enteramente las convulsiones y estuvo

limpio de calentura mientras duró el concierto; mas despues de concluido volvió á caer en su primer estado de languidez, del cual no salia sino repitiendo el mismo remedio; y al fin, despues de diez dias de música, recobró su salud.» Yo pudiera presentar aquí dos observaciones muy semejantes si no temiese ofender la modestia del sabio profesor que las hizo.

Este rápido exámen parece que da ya alguna luz sobre el modo con que obra la música en la máquina animal: mas para confirmar los datos anteriores y despojarlos del aire de maravilla que los hace increíbles, es necesario todavía considerar á la música como estímulo mecánico consiguiente á las impresiones que causa en nosotros el aire puesto en movimiento desde el cuerpo sonoro y que alcanzan á todos los cuerpos inmediatos, especialmente cuando están unísonos, y notar ademas en ella la causa de una sensacion grata y deliciosa. Este último modo de obrar, aunque hablando rigurosamente debe referirse al primero, tiene una relacion particular con la sensibilidad de cada individuo.

La música no es otra cosa que una posicion de sonidos graves y agudos que juntos concuerdan perfectamente, disminuyéndose por intervalos, de donde se deleitan los sentidos y la imaginacion. Los tres géneros en que se ha dividido dan lugar á infinitas modificaciones, por medio de las cuales puede pasarse de una pasion á otra. Y esta imprevista mudanza, es-

tos admirables efectos de la música, son fáciles de explicarse si se reflexiona sobre la eficacia de los sonidos y se examina atentamente el órgano del oído. No son ellos más que movimientos trémulos y prontos del aire, producidos por la conmoción de las partes que componen el cuerpo tañido. Si se hieren las cuerdas de un instrumento, se descubre el sacudimiento que imprimen á los átomos que las rodean, observándolos á los rayos del sol. Resultan, pues, en el aire vibraciones tan frecuentes, que corre en el espacio de un segundo 1.148 piés, cualquiera que sea su intensidad, y todas las diferentes disposiciones de tonos forman una cantidad de sonidos modificados que, según su gradación, excitan en nosotros una sensación más ó menos dulce, como que el órgano del oído viene á ser en estas circunstancias una especie de tacto. Así la música, considerada como un simple sonido, ó un ruido, obra principalmente sobre las ramificaciones del nervio acústico; mas sea por la comunicación que este nervio tiene con los de toda nuestra máquina, sea por una especie de simpatía nerviosa, ó, en fin, por la unidad de la sensibilidad, esta acción se manifiesta en las diversas partes de la economía.

El gran Boherave observó que siempre que tocaban un instrumento junto á un sordo, todo su cuerpo se estremecía: y abundan ejemplos de personas que sólo con oír un cañonazo sienten una inquietud y constricción en el estómago, han caído

en la sordera ó han sufrido horribles convulsiones. En la historia de la Academia Real de Ciencias se lee: «que una doncella acometida de violentos accesos de histerismo usó en vano de los más poderosos remedios que los médicos la prescribieron, y habiéndose un día disparado un pistoletazo al lado de su lecho, ocasionó en todo su sistema nervioso una revolución tan grande y tan feliz, que al momento se disipó el paroxismo y nunca jamás volvió á aparecer» (1).

Tal es el efecto de los simples sonidos: ¿cuáles, pues, deberán ser cuando éstos estén combinados y dirigidos por las leyes admirables de la armonía? ¿Qué auxilios no podrán ofrecer para la curación de tantas enfermedades nerviosas, para el alivio de tantos síntomas del mismo carácter? No es necesario explicar el mecanismo de esta acción, después de establecidos los principios filosóficos que hemos insinuado; la gran dificultad está en que el médico conozca á fondo las inclinaciones, el carácter y gusto de sus enfermos, su organización y el estado y variedades de sus dolencias. Algunos poco sensibles, ó como vulgarmente se dice, duros de oído, ni distinguen el tono ni la cadencia, y para ellos la música es un ruido incómodo y confuso; otros, no conocen más que un tono fundamental, y los más tienen un gusto particular para cierto género de música ó para determinados ins-

(1) Sin embargo, este caso puede atribuirse á la sorpresa más que al efecto del ruido.

trumentos, fruto de la preocupacion, de la educacion ó del hábito.

De aquí se infiere que cuando quiera aplicarse la música á la medicina, deben elegirse aquellos tonos que más propios sean para inspirar las pasiones convenientes al estado de la enfermedad y del enfermo, y valiera más en cualquier caso hacer la ilusion más completa con la dulzura del canto. Por este medio se veria calmar el furor de un frenético, desvanecerse las negras nieblas de una melancolía, llamando la atencion del doliente hácia otros objetos halagüeños, mitigar los dolores, moderar la cólera, precaver sus funestas consecuencias, y finalmente, alejar el temor.

Conviene, no obstante, advertir que en los dolores del oido y de ca-

beza este mismo remedio sería pernicioso, y que nunca será útil aplicarle respectivamente y con una uniformidad fastidiosa, sino que deberá irse aumentando gradualmente, y siempre con variedad á proporcion que el enfermo recobre su vigor y energía. Uno solo de estos objetos bastaba, por cierto, para dilatar extraordinariamente nuestro discurso: pero pueden verse todos tratados con la crítica y solidez correspondientes en una obra del profesor Mojon, de la cual hemos extractado la mayor parte de las ideas que proponemos. Sin embargo, si son suficientes por ahora para dar más extension y vulgaridad á las de otros que nos han precedido en la misma materia, serán satisfechos todos nuestros deseos.

M. DE LA J.



DE LA FUERZA.

Se distinguen, generalmente hablando, tres clases de fuerza:

1.^a La fuerza de levantar y de llevar á peso. Esta se aumenta considerablemente con el ejercicio, pues se han visto hombres que llevaban en cada mano quinientas libras de peso, y mozos llevar fardos de más de novecientas. Hay cocheros que en un

apuro levantan su carruaje con cuatro personas dentro.

2.^a La fuerza de caminar y de correr. Los corredores de profesion en Ispahan andan treinta y seis leguas en catorce ó quince horas. Se ve frecuentemente á los andarines caminar veintidos y veinticinco leguas por dia, mas sin necesidad de andar tan-

to se pueden ejercitar las piernas y los piés, para dejar los carruajes á los enfermos, á los ancianos y á las mujeres.

3.^a La fuerza de resistencia es necesaria en todos los estados y condiciones: el cansancio, la intemperie de las estaciones, los malos alimentos, el hambre, la sed y las enfermedades son dotes de todas edades y sexos; con esta fuerza se puede soportar toda especie de fatiga, sin ser incomodado, y hé aquí el motivo, si no para aumentarla, para conservarla al ménos.

Delicados jóvenes, víctimas prematuras de la indolencia, vosotros,

que sois el retrato de vuestra sensible madre, si áun conservais algun resto de amor propio, y por consecuencia resolucion para vencer ese desaliento é indolencia que va en aumento, para salir de ese estado de languidez tan vergonzosa en vuestra edad, recurrid á ejercicios que haciendo circular la fuerza en vuestros nervios, hagan tambien vuestra salud más fuerte y duradera, y procurad en estos ejercicios mostrar gracia y destreza, porque no hay cosa que dé una idea más desfavorable de nosotros que los modales torpes, embarazados y vulgares.

J. M. BALLESTEROS.



RETRATOS INFANTILES.

ROSITA.

(Conclusion.)

XXI.

Razon tiene la tia de Rosita para reñir. La pobre Rosita está anonadada y nó sabe qué hacer ni qué decir. El sermon de la tia ha sido tremendo; ha pintado el carácter de Rosita como el más abominable, y ha manifestado á la niña todos los peligros á que la expondrá su inconcebible ligereza y á qué lamentables extremos le ha de llevar su falta de

reflexion. ¿De qué no será capaz una niña que en un dia ha asesinado á una muñeca y á unos desdichados peces, y ha estado á punto de comprometer gravemente la vida de su mamá?

XXII.

Gracias á Dios y á los cuidados de todos, la mamá de Rosita está casi restablecida y el médico ha permitido á la niña que vea á su madre.

Rosita se ha abrazado al cuello de la enferma y le ha confesado todas sus ligerezas y tonterías. ¿Qué ha de hacer la mamá?... Tan buena y tan indulgente como es, ha perdonado á

su hija todas las faltas cometidas.

El papá está algo reacio en perdonar á su hija; no se le pueden olvidar los bigotes que Rosita puso al retrato y el sombrero teñido de negro.



Sin embargo, viendo que el perrito olvida con gran magnanimidad los bigotes que su amita le pintó, no puede menos de creer que el corazón de un padre debe ser más clemente y más generoso que el de un pobre animalito, y perdona también á su hija.

La tía está muy contenta viendo buena á su hermana, corregida á su sobrina y á todos contentos y satisfechos.

Rosita está corregida, enteramente corregida. El peligro en que ha estado de causar una gravísima en-

fermedad, ó acaso la muerte á su madre, ha hecho reflexionar á Rosita y conocer todas sus faltas. No se le olvidará fácilmente este terrible incidente. Ahora en todo seguirá el

dictámen de su mamá, que es una señora prudente, discreta y de experiencia. De ella debe tomar ejemplo Rosita.

Y la sencilla historia de las trave-



suras de Rosita espero que sirva también de ejemplo y enseñanza á algunas de las lectoras de Los Niños, si acaso tienen un carácter parecido al de la protagonista de esta narración que aquí termina.

Próximamente comenzará á publicarse en Los Niños la historia de otra niña muy bella, que se llama la señorita Lucía.

C. FRONTAURA.

UN CUENTO.

(Conclusion.)

IV.

Poco despues salian de caza seguidos de sus nobles y servidores, más como Sofía, al saber la negativa del Príncipe, tomó la misma resolucion que su hermana, las damas estaban excluidas de la partida.

Esto ocasionó mayor libertad en los cazadores, dió motivo á que la diversion se prolongára hasta muy tarde, y que excediéndose, por lo tanto en la fatiga, regresáran sedientos y cansados. Afortunadamente la mesa, como siempre, estaba servida, brindando multitud de ricos y succulentos manjares.

Ocuparon los comensales sus asientos respectivos, dispuestos á hacer honor al espléndido banquete que tenian delante.

A la derecha de Heroisindo, vacío y cubierto de negro, como la librea de los criados, estaba el sillón que respectivamente ocuparon las dos princesas. Las paredes desprovistas de todo adorno, extraña la mesa á esos ligeros detalles que tambien acreditan el agasajo que á los huéspedes se hace, parecia aquello una comida fúnebre, dada en honor del individuo cuyo asiento dejó desocupado.

—Bien interpretan mis criados el estado de mi corazón, pensó Vere-

mundo, perfectamente cuadra ese triste aspecto con el porvenir de luto y esclavitud que nos aguarda.

Pero súbito salió el Rey de sus sombrías reflexiones para dirigir una ávida y ansiosa mirada por la mesa. Mas todo estaba en su sitio, el pan ordenadamente repartido en dorados bollos, el vino en anchas botellas lucia á la luz sus ópalos y rubíes.

Veremundo respiró.

A todo esto, Heroisindo habíase servido sin ceremonia una perdiz que estaba diciendo comedme; llevó á la boca un regular pedazo, pero apenas tuvo tiempo de gustarlo, tragólo con repugnancia y dejó el plato, tomando en su lugar una lonja de jabalí, que por el olorcillo que exhalaba, parecia capaz de resucitar á un muerto, más no le llegó al paladar el primer bocado, cuando lo arrojó con repulsivo disgusto, emprendiéndola con una pierna de cervatillo que á gloria sabía, sin duda, segun lo doradita que estaba; pero al buen príncipe debió saberle á cuerno quemado pues tiró manjar, plato y tenedor y levantóse de la mesa dado á los demonios.

Quién más, quien ménos, todos los convidados le imitaron.

Únicamente Veremundo, que no habia probado los manjares, no acertaba á darse cuenta de lo que sucedia.

— ¡ Por Dios, que teneis lindo modo de tratar á vuestros huéspedes! vociferó Heroisindo; el primer dia me servís una comida sin pan, ayer suprimis el vino y hoy presentais unos manjares tan excitantes á la vista y al olfato, como insípidos y repugnantes al paladar; ni más ni ménos que á un niño que se le enseña un confite y se le pone un guijarro en la boca. Yo en todo esto veo una ofensa á mi persona y me hallo dispuesto á probaros, que nadie se burla impunemente de mí.

Veremundo, aturdido, mandó comparecer desde el último pinche al repostero mayor.

— A ver, les dijo, ¿quién ha condimentado estos manjares?

— Señor, nosotros no hemos sido, contestaron á una.

— ¿Qué no habeis sido vosotros, grandísimos bellacos? Pues será el mismísimo demonio, que tiene empeño declarado en perderme.

— Tres dias hace se nos mandó cesar en las obligaciones de nuestro oficio, y no somos responsables de lo que haya sucedido en ese tiempo.

— ¿Qué no sois responsables? Pues no hay más que dejar el puesto al primer tunante que, viendo en la amistad con que nos honra Heroisindo una garantía para nuestra seguridad, trata por los medios más bajos y viles de indisponernos con tan poderoso monarca.

Que se me presenten inmediatamente el autor ó autores de esa extraña burla, aunque sospecho sea Satanás en persona, que cosa sobrena-

tural parece lo que en estos tres dias está pasando.

— Señor, objetó el repostero mayor, la persona en cuestion no puede presentarse como no reciba el real permiso de V. M.

— ¡ Mi real permiso! gritó el Rey hecho un basilisco, hasta olvidar su dignidad; maldita la falta que le hizo mi real permiso para hacernos objeto de sus burlas infames! Pues podeis llevárselo á esa persona, pero no perdais tiempo, porque quiero que el nuevo sol alumbre las almenas de mi castillo coronadas con vuestras cabezas, para escarmiento de malsines y traidores.

Calló Veremundo, al tiempo que se abria una puerta, cerrada hacia algunos dias, dando paso á una jóven que, si no lucia una de esas hermosuras que fascinan y deslumbran, interesaba vivamente por la expresion modesta y bondadosa de su rostro y la elegante sencillez de su atavio.

Un gracioso vestido blanco y una aguja de oro, con la que sujetaba su abundante cabello, componian su traje y adornos. Estaba pálida y parecia conmovida; tanto, que le fué preciso apoyarse en el marco de la puerta.

Levantóse Heroisindo, yendo á ofrecerle galantemente su brazo, en el que se apoyó la niña como el delicado jazminero en el fuerte y robusto roble.

Toda la córte se puso en pié; aquella jóven era Violeta, hija tercera de Veremundo.

— Hé aquí á la culpable, padre

mio, dijo la Princesa con voz sumisa, pero segura.

—Debia haberlo comprendido ántes ¡hija perversa! exclamó el Rey, pero no te juzgaba capaz de tan baja venganza hácia tu padre y por un castigo que harto mereciste.

—Dios sabe, señor y padre mio, profirió Violeta, que no ha sido otro mi intento que sincerarme y recobrar vuestro cariño, probando la justicia de una comparacion que desgraciadamente mereció vuestro enojo. Pocos dias há mandasteis llamar á vuestra real presencia á mis hermanas y á mí, y os dignasteis preguntar cómo era el cariño que hácia vos sentimos. Con agasajo respondisteis á aquellas que al pan y al vino lo compararon; con enojo y dureza me increpasteis porque á la sal comparé el que os profeso, y sin embargo, habeis comido sin pan y sin vino, pero cuanto está pasando, me prueba que sin sal no podeis comer.

—Confieso en verdad, dijo Veremundo, que sentia desarrugarse su ceño, que anduve algo ligero y aún injusto en juzgarte; pero, francamente, hija, podias haber escogido ocasion más oportuna; porque aún cuando todo lo que has hecho sea muy bueno, ¿qué opinion formará de tí y de mí nuestro huésped?

—Mi opinion respecto á vos, interrumpió Heroisindo, es, como vos mismo habeis dicho, que sois algo injusto y apreciáis las cosas, no por lo que valen, sino por aquello que parecen. En cuanto á la Princesa, opino que mujer tan discreta, mo-

desta é ingeniosa, como ha dado pruebas de serlo esta niña, y que por otra parte, no se desdeña de ocuparse ni en las tareas culinarias, haria una excelente soberana, en la cual aprenderian tantas damas indolentes y frívolas que creen rebajar su mérito ó descender de su puesto si en otra cosa su atencion emplean que en galas y devaneos.

Yo, francamente, amigo mio, tenía proyectado apropiarme de vuestros dominios, pero os los dejo gustoso. ¿Qué me importa vuestra corona si me llevo su joya de más valía? Con ella, estoy seguro, brillarán mis estados, si no tan bellos, por lo ménos tan dichosos como los vuestros.

Y esto diciendo, condujo á la Princesa hasta sentarla en el sitial vacío colocado junto al suyo, lo que ésta hizo con amable modestia, aunque la buena Francisca aseguraba que la muy picarilla por lo bajo se reia, si bien ignoro fuese por pensar que iba á ser reina ó porque Heroisindo era lo que se llama un real mozo.

Entre tanto los criados habian cambiado los platos por otros idénticos y aderezados también por la Princesa, pero que no carecian del indispensable condimento.

Violeta mandó llamar á sus hermanas, las que si hubieron de quedar sin corona, no se resignaron á pasarse sin marido, y aceptaron dos caballeros de la servidumbre de Heroisindo; de suerte, que aquellas que, pasando la mayor parte del dia engalanándose la una y estudiando la otra, burlábanse de Violeta, que em-

pleaba el tiempo en cosas más humildes, tuvieron, á pesar de su sabiduría y hermosura, que estar á su servicio.

Las córtes de Veremundo y Heroisindo solemnizaron las bodas con regocijos y festejos, y en cuanto al discreto príncipe, no fué defraudado en sus esperanzas y nunca tuvo que arrepentirse de su acertada eleccion.

Y colorin colorado, mi cuento se ha acabado. Ahora, mi linda primita, sólo debo añadir que, si eres tan hermosa como tu madre y posees el claro talento de tus mayores, no olvides jamas que Violeta no necesitó de la una ni de lo otro para merecer la corona y el corazon de Heroisindo.

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

LOS TRES LEGADOS.

(Continuacion.)

El Rey me alargó la mano y me dijo:

—Tú debes ser noble y valeroso y con todo mi corazon te agradezco el que hayas arrostrado por salvarme el grave riesgo á que te exponias, aceptando la responsabilidad de tu remedio heroico sin temer excitar mis iras.—En adelante serás mi mejor amigo, porque tienes la lealtad y el valor necesario para afrontar la cólera del poderoso, y esto me da la seguridad de que me dirás siempre la verdad por más que para ello tengas que contrariar mis inclinaciones.

En efecto, el Rey desde aquel dia me dió pruebas de su agradecimiento y de su amistad que nada me ocultaba. No consintió que saliera de palacio, donde dispuso que se me guardáran las mayores consideraciones, y donde me quedé más bien con el carácter de amigo y privado que con

el de médico. Habia vuelto á ser lo que fué ántes de su enfermedad, un rey bondadoso y amante de sus súbditos. Pronto la ciudad entera y el reino todo participó de la grande alegría que naturalmente debió ocasionar el cambio verificado en el carácter de su soberano, y extendida la fama de que á mi ciencia se debia tan maravillosa curacion, mi nombre era bendecido y respetado en todas partes.

V.

A los pocos dias de encontrarme en palacio tratado con tantas distinciones, el Rey me manifestó que áun tenía que rogarme le hiciera otro gran servicio que completaria su felicidad. Ya dije ántes que la hija mayor del rey era una princesa de diez y seis años, y ahora debo de añadir que era hermosa sobre toda ponderacion. Pero desgraciadamente tam-

bien se hallaba enferma, si no con una dolencia tan terrible como la que habia padecido su padre, por lo ménos tan profunda y peligrosa. La princesa Carolina padecia una melancolía continúa, tan hondamente arraigada que con nada encontraba alivio. No hablaba casi nunca; tomaba tanto alimento como un pájaro; estaba siempre acostada entre blandos almohadones; no habia fuerzas humanas que le hicieran levantarse de allí, ni tenía fuerzas para ello. Si acaso entre el padre y la madre, tomándola cada uno de un brazo, querian levantarla para persuadirle á que diera un paseo, no podia sostenerse de pié, y apénas la soltaban volvía á caer entre los cojines, con señales de una gran fatiga. No hacía nada absolutamente; permanecia horas enteras con sus grandes y tristes ojos fijos en el suelo ó en la ventana, sin dar señales de sensacion alguna, y luégo pasaba otra porcion de horas llorando con la mayor amargura, sin que nadie pudiera obtener respuesta á las preguntas que se le hacian. No dormia apénas nada, y estaba delgada y pálida y fria lo mismo que la nieve.

Por lo demas, su dolencia era inofensiva; no se encolerizaba jamas nada pedia, de nada se quejaba. Recuerdo muy bien la impresion de compasiva ternura que me causó la primera vez que la vi, un dia que el Rey me llevó á su habitacion. Estaba sentada, ó más bien medio tendida entre almohadones de seda; su traje era todo blanco; su cabello, negro

como las alas del cuervo y peinado en dos largas trenzas que casi tocaban al suelo; su rostro tenía la palidez y la blancura de las azucenas, y en medio de él brillaban con una tristeza infinita sus ojos grandes y rasgados, más negros que el azabache, medio velados por largas pestañas tan negras como ellos.

Su padre le preguntó con ternura cómo estaba de salud: por única respuesta abrió más los ojos, los fijó un momento en el Rey, luégo en mí, y despues los entornó de nuevo, y pareció que fijaba toda su atencion en una de las flores bordadas de la alfombra. Me acerqué y tomé su mano, más suave que el raso, no la retiró ni hizo el menor movimiento; el pulso era sumamente débil; pero igual, sin la más ligera señal de fiebre: le dirigí várias preguntas, y ni siquiera dió muestras de haberlas oido. Valiéndome del encanto de mi anillo penetré con mi vista en el organismo interior de aquel cuerpo tan endeble como hermoso, y nada encontré que me llamára la atencion; la sangre circulaba con perfecta regularidad; los nervios no sentian la menor excitacion; todos los resortes de aquella máquina funcionaban sin la menor dificultad, lo mismo que los de una persona de la más perfecta salud. Quise profundizar en los misterios de su alma y quedé doblemente sorprendido; el más perfecto reposo dominaba en ella; no sorprendí en sus ojos ni un pensamiento que la atormentára, ni en su corazon un deseo que lo perturbára; sola-

mente un triste abandono, una inercia invencible llenaban todo su sér.

—Decidme qué enfermedad padece la pobre Coralina, me dijo el Rey, y buscad un remedio que la sane.

—Es necesario observar mucho, contesté; no advierto el más ligero síntoma que revele dolencia alguna.

La situación de la Princesa debo confesar que me preocupó, porque era la primera vez que mi ciencia

se estrellaba contra un misterio que no acertaba á descifrar. ¿Qué medicamentos iba yo á emplear para restablecer una salud que no sufría perturbacion alguna? Despues de meditar sobre ello, creí que todo provenia de una tristeza profunda, y resolví emplear diferentes medios para combatirla.

(*Se continuará.*)

PEDRO DOMINGO MONTES.

EL PRIMER PANTALON.

POEMA INFANTIL.

(*Continuacion.*)

VI.

Pero ¿qué ha sucedido?...
¿Qué intempestivo lance
Causa puede haber sido
De que vuelvan tan pronto del paseo
La hermana y el hermano? Algun percance
Inesperado y grave... bien lo veo,
Porque, si no me engaño, me parece
Que á mi vista se ofrece
Allí, en el suelo, no sé qué guiñapo
Arrojado como un inútil trapo,
Manchado y asqueroso...
Pero ¿qué estoy mirando?... ¿Quién creyera
Que el pantalon flamante y primoroso
Abandonado así tan pronto fuera?

El niño, en piernecitas, gime y llora;
La hermana, siempre amable y placentera,
Mira al hermano ahora
Grave, adusta, severa,
Y al ver el pantalon por ella hecho
Tirado allí, maltrecho,
«¿Qué vergüenza!» murmura

Con terror de la pobre criatura...
Tembloroso, aterrado, confundido,
El niño sin ventura
Fija en el suelo triste la mirada,
No vuelve atras la vista, temeroso
De ver la prenda amada
En estado tan triste y lastimoso.

La niña en tanto sigue murmurando,
Y al hermano le increpa
Con mil nombres atroces,
Y dice á grandes voces:
«¿Se lo diré á papá porque lo sepa!»
Y oyendo esta amenaza el triste niño,
Con la vergüenza y el temor batalla,
Ve que ha perdido el sin igual cariño
De la buena hermanita,
Conoce la razon, la siente y calla.

Pero la hermana grita
Porque el padre está ausente; si estuviera
En casa á la sazón, á buen seguro
Que tales voces diera
La hermana bondadosa,
Que es muy buena la niña,

Y aunque al hermano riña
 Cuando hace alguna cosa
 Que bien hecha no está, no, no le acusa
 Jamas al padre airado, temerosa
 De que le dé castigo; ántes le excusa
 Y hace ver á su padre que el chicuelo

Es de prudencia y de virtud modelo.

Pero, otra vez pregunto: ¿qué ha pasado?...
 ¿Por qué los pantalones se ha quitado
 El niño que con ellos se encontraba
 Tan ufano y tan hueco
 Y la importancia de hombre ya se daba



Quando es, en puridad, sólo un muñeco?...
 ¿Cómo podré explicar lo sucedido?...
 No acierto de qué modo
 Podría á los lectores decir todo
 Lo que al niño inocente le ha ocurrido?...
 Difícil, imposible,

Es, amigo lector, que te lo diga:
 La cosa es tan horrible,
 Que al silencio me obliga;
 Mas ya que por pudor no la revele,
 Sabe, lector, que es cosa que mal huele.

(Se continuará.)